

(Fragmento del capítulo 3, “El surgimiento del editor profesional en Argentina, 1870-1940”)

*Las colecciones populares como respuesta al problema de la nacionalización de las masas.*

En la etapa de transición a la que acá nos referimos, las colecciones populares fueron las protagonistas principales de la edición de libros para un público en continua ampliación. Tres de esas colecciones se destacaron: la Biblioteca del diario *La Nación*, La Cultura Argentina y la Biblioteca Argentina. La referencia a ellas se impone para comprender mejor este momento de transición.

La Biblioteca de *La Nación* fue un ambicioso proyecto editorial de la familia Mitre, fundadora y propietaria del diario homónimo, que se entroncaba perfectamente con su propósito de inculcar en las masas el cuerpo de ideas que la burguesía terrateniente había definido como propio de la nacionalidad argentina. Emilio Mitre, director del diario entre 1894 y 1909, fue quien desarrolló la idea de publicar una colección de libros baratos distribuidos junto con el diario, en entregas periódicas. La dirección de la Biblioteca recayó en Roberto Payró, quien ya era un escritor consagrado. Desde noviembre de 1901 hasta febrero de 1920, la Biblioteca publicó 875 títulos, cifra descomunal para la época y aún para la actualidad. Su catálogo se armaba con obras de la literatura universal, cuidadosamente seleccionadas para que se distinguieran lo más posible de la literatura criollista.

La Biblioteca Argentina fue un emprendimiento editorial de Ricardo Rojas, una de las figuras intelectuales más activas en encarar el problema de la neutralización política de las masas que la clase dominante se planteaba a comienzos del siglo XX. El autor de *La restauración nacionalista* armó un catálogo bajo la inspiración de los supuestos orígenes hispano-criollos de la nacionalidad argentina, intentando compilar producciones que refirieran a los ecos típicos del nacionalismo telúrico: la tierra, las tradiciones, los antepasados, entre otros.

Por su parte, La Cultura Argentina fue una realización editorial de José Ingenieros, quien se situaba ideológicamente en las antípodas de Rojas. Para el intelectual socialista, la nacionalidad argentina tenía su punto de inicio en mayo de 1810, momento pensado precisamente como una ruptura con el pasado colonial hispánico. El criterio que orientaba la selección de Ingenieros se inscribía en el positivismo liberal de la época. En esa cosmovisión, lo hispánico condensaba el atraso, la decadencia, y el oscurantismo; lo europeo, por el contrario, encarnaba el numen de la civilización y el progreso material y cultural.

Las tres colecciones que describimos manifiestan todas ellas una intencionalidad didáctica y moralizante, una especie de esfuerzo cívico educativo destinado a contrarrestar las aristas de la cultura popular. (...)

Y es que las tres colecciones de libros a las que aludimos acá pretendían dar alguna respuesta a la pregunta que, en el plano de la cultura, desvelaba a la oligarquía agro-ganadera argentina de comienzos del siglo XX: ¿cuál es la identidad de los argentinos?. En el plano más concreto de las relaciones entre clases sociales, la pregunta se formulaba en un tono menos tranquilo: ¿cómo asimilar los inmigrantes a la sociedad argentina, en términos funcionales a la formación social que dominaba la oligarquía?. O también: ¿cómo disciplinar

a las masas de trabajadores desposeídos?. La necesidad de dar una solución a este enigma sólo se volvió un problema acuciante para la clase dominante durante los primeros años del siglo XX, cuando una vasta oleada de huelgas, mítines y protestas lideradas por los trabajadores demostró las contradicciones que tensaban la vida social argentina.